

Hermano Alois

«Ten pasión por la
unidad del cuerpo
de Cristo»

El camino de comunión
vivido en Taizé

El Cristo de comunión

Si hubiésemos preguntado al hermano Roger qué es lo esencial de la fe cristiana, es posible que hubiese hecho referencia a su madre¹: ella decía que las palabras de san Juan, «Dios es amor»², le eran suficientes. También para él, el corazón del evangelio estaba allí. La visión de Dios como juez severo había hecho estragos en la conciencia de mucha gente. Él dijo lo contrario al afirmar: Dios no puede más que amar.

Solía decir a los jóvenes reunidos en Taizé: «Si Cristo no hubiese resucitado, nosotros no estaríamos aquí». La resurrección es el signo de que Dios ama sin límites. Reunió a los discípulos que el viernes santo se habían dispersado y es lo que sigue reuniendo a los cristianos: su primer fruto es la nueva comunión que brota de su misterio.

El centro de nuestra fe es Cristo, el Resucitado, presente en medio de nosotros con un vínculo personal de amor y que nos reúne entre nosotros. El hermano Roger lo llamaba «el Cristo de la comunión».

En su último libro, publicado unas semanas antes de su muerte, el hermano Roger escribió: «Cristo es comunión... No ha venido a la tierra para crear una religión más, sino para ofrecer a todos una comunión en

¹ Este texto fue escrito a petición de la revista *Concilium*, que lo publicó en su número 2/2011 de mayo, en las ediciones alemana, inglesa, italiana, española, portuguesa y croata. Esto explica que el estilo sea algo distinto al resto de los *Cuadernos de Taizé*, sobre todo porque tiene numerosas notas.

² 1 Juan 4,16.

Dios... ‘Comunión’ es uno de los nombres más bellos de la Iglesia».³

Personalmente, puedo decir que es esta visión de la Iglesia como comunión lo que me llamó la atención de Taizé, la primera vez que visité la colina. Era muy joven, allá por 1970. Me impresionó no sólo por la oración y el silencio, sino también por la comunión que se intuía: el Evangelio no vivido individualmente, sino en comunidad. Por aquel entonces fue la primera vez que hablé con personas procedentes de África. Esta comunión de la Iglesia universal me fascinó. Y el testimonio que puedo ofrecer es que, como católico, ha sido en Taizé donde he descubierto más profundamente la catolicidad de la Iglesia.

En los inicios de nuestra comunidad, al escribir la regla de Taizé, el hermano Roger había apelado así a cada hermano: “Ten pasión por la unidad del Cuerpo de Cristo”.⁴ Quisiera mostrar a continuación cómo la comunidad de Taizé ha sido conducida a vivir «la pasión por la unidad del Cuerpo de Cristo», la pasión por la comunión. Pero en primer lugar, ¿qué significa “Cuerpo de Cristo”? Y ¿por qué la reconciliación en el Cuerpo de Cristo es tan importante?

³ *¿Presientes una felicidad?*, PPC Editorial y Distribuidora, SA, Madrid. Lo había afirmado ya antes, en 1928, Dietrich Bonhoeffer: «Cristo no viene a traer una nueva religión, sino que trae a Dios» (DBW 10, *Barcelona, Berlin, Amerika 1928-1931*, ed. Reinhart Staats y Hans Christoph von Hase, Chr. Kaiser Verlagshaus, Múnich 1991, p. 321) Y en 1944: «Jesús no nos llama a una nueva religión, sino a la vida» (DBW 8, *Widerstand und Ergebung. Briefe und Aufzeichnung aus der Haft*, ed. Christian Gremmels, Eberhard Bethge y Renate Bethge, Gütersloh 1998, p. 537).

⁴ Hermano Roger, *La Regla de Taizé*, ed. 2010, p. 12.

La reconciliación en el Cuerpo de Cristo

En las cartas que san Pablo dirige a las distintas comunidades de su tiempo, se refiere a la Iglesia como “Cuerpo de Cristo”, con el fin de hacerles comprender el misterio de la unidad entre Cristo y los cristianos, y también el misterio de la unidad entre los cristianos mismos. “Sois un cuerpo, escribe a los cristianos de Corinto, y este cuerpo es Cristo, cada uno de vosotros es un miembro.”⁵

“Lo mismo nosotros, con ser muchos, dice también en su carta a los Romanos, unidos a Cristo formamos un solo cuerpo y, respecto de los demás, cada uno es miembro.”⁶

Al formar un solo cuerpo en Cristo, pertenecemos los unos a los otros. “¿Está Cristo dividido?”⁷, pregunta Pablo, preocupado al ver a los cristianos de una misma comunidad separándose entre ellos. Y les llama a reconciliarse.

Su palabra se mantiene tan actual: sois el Cuerpo de Cristo, no perdáis pues tantas energías en las oposiciones, a veces incluso en el seno mismo de vuestras Iglesias.

⁵ I Corintios 12,27

⁶ Romanos 12,5.

⁷ I Corintios 1,13

La comunión recibida como un don

Estas palabras de Cristo son como un epígrafe sobre la vida del hermano Roger y de nuestra comunidad: «Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de ese modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado».⁸

Las palabras «que todos sean uno» son interpretadas a menudo como una exigencia que hay que poner en práctica. Pero expresan antes que nada el don que Cristo hace a la humanidad: él nos lleva en sí, nos hace entrar con él en la comunión de la Santísima Trinidad, nos hace «partícipes de la naturaleza divina».⁹ No solamente ora para que todos sean uno, sino para que sean uno «en nosotros».

Esta comunión con Dios es un intercambio. Al encarnarse, Dios elige revestir la fragilidad humana. Viene a habitar nuestros desgarres y sufrimientos. Cristo viene a nuestro encuentro en lo más bajo, se hace uno de nosotros para tendernos mejor la mano. Dios acoge nuestra humanidad en él y, a cambio, nos comunica el Espíritu Santo, su propia vida. La Virgen María es la garante para siempre de que este intercambio es real y sostiene la esperanza que este desembocará a la vida de la humanidad en Dios.

Podemos estar infinitamente agradecidos a la teo-

⁸ Juan 17,21.

⁹ II Pedro 1,4.

logía ortodoxa por poner esto de relieve de manera tan profunda.

Cuando descubrimos que la comunión con Dios es un intercambio, comprendemos mejor que la reconciliación no es una dimensión más del Evangelio, sino que es su centro mismo. Coincide con lo que está en el centro de nuestra vida como bautizados: es el restablecimiento, por parte de Cristo, de una confianza mutua entre Dios y el hombre, el comienzo de una creación nueva. Y ello transforma las relaciones entre los hombres.

Cristo pide de hecho que «todos» sean uno: este don no está reservado a algunos, sino que se ofrece a todos aquellos que llevan el nombre de Cristo, y está destinado a todos los seres humanos.

Lo que Dios reconcilia consigo, lo envía al mundo. Si Dios nos ha hecho entrar en comunión con él, esta comunión determina nuestra manera de ser con los demás. Cristo hace a todos los bautizados embajadores de reconciliación en el mundo.

Somos el Cuerpo de Cristo no para estar bien entre nosotros y replegarnos en nosotros mismos, sino para ir hacia los demás. La vocación del cuerpo humano es ser expresión de la persona hacia el exterior. De la misma manera, el Cuerpo de Cristo tiene por vocación expresar que Cristo quiere reconciliar a toda la humanidad.

¿Por qué la reconciliación entre los cristianos es tan importante para el apóstol Pablo? No es porque, al estar juntos, seamos más fuertes. No, es por una razón más profunda, fundamental. Pablo lo explica cuando escribe que Cristo ha venido para “reconciliar todo en la tierra

y en el cielo”.¹⁰ Es en esta amplia reconciliación, alcanzada por Cristo, donde se encuentra la fuente de toda reconciliación.

La redención contiene el don de la unidad: unidad del hombre con Dios, unidad interior como curación de cada persona, unidad de toda la familia humana y de toda la creación. No podemos recibir la unidad con Dios sin recibir la unidad entre los hombres. La razón de ser de la Iglesia es ser el signo visible, el sacramento de esa unidad. «En Cristo, la Iglesia es como una especie de sacramento, es decir, a la vez el signo y el instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano».¹¹

La reconciliación entre cristianos, un signo creíble

Con su gran sed de autenticidad, los jóvenes de hoy nos recuerdan esto: para que el compromiso de los cristianos de fomentar la reconciliación en el mundo sea creíble, es esencial que busquen una unidad visible entre ellos.

¿Sabemos que, como cristianos, tenemos un don particular para preparar caminos de paz y de confianza sobre la tierra? Somos el Cuerpo de Cristo, y una profunda comunión entre los seguidores de Cristo puede convertirse en fermento único de paz en la familia humana.

¹⁰ Colosenses 1, 20

¹¹ Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* 1. Esta visión de la redención como don de la unidad está fundada en la Escritura, en los escritos joánicos y también en los de san Pablo, especialmente en la Carta a los Efesios. Ireneo de Lyon desarrolló hermosamente este pensamiento.

Esto implica y concierne a todos los bautizados. Por nuestra unidad, todos juntos podemos formar un signo creíble de reconciliación entre los seres humanos.

Incluso con nuestros límites, incluso allá donde las circunstancias no son favorables, Dios nos hace creadores de reconciliación con él. Ir hacia el otro, a veces con las manos vacías, escuchar, tratar de comprender; entonces una situación bloqueada puede transformarse. Los encuentros de persona a persona son irremplazables. Cristo nos envía a curar alrededor nuestro las heridas de la división y la violencia.

Nuestro tiempo necesita mujeres y hombres valientes que expresen a través de su vida la llamada del Evangelio a la reconciliación. Estos hombres y mujeres no han de ser una multitud. ¿No compara el Evangelio el Reino de Dios con un poco de levadura que hace fermentar la masa?

Hubo periodos en la historia donde, en nombre de la verdad del Evangelio, los cristianos se separaron. Hoy, en nombre de la verdad del Evangelio, quisiéramos hacer lo posible por reconciliarnos. No podemos transmitir el mensaje de Cristo alrededor nuestro si no estamos unidos. Cuando los cristianos están separados, su mensaje se hace inaudible. La comunión entre nosotros, los cristianos, puede hacer que la Palabra de Dios hable a la gente de hoy.

Así pues, ¡atrevámonos a ir hacia la unidad visible! ¿Tendrá cada Iglesia la valentía de no actuar más sin tener en cuenta a las otras iglesias?

El ecumenismo y la comunión en Dios

Si la comunión es un don de Dios, el ecumenismo no puede ser simplemente un esfuerzo humano por armonizar diferentes tradiciones. Nos debe situar en la verdad de la redención de Cristo, que oró diciendo: «Padre, tú me los confiaste; quiero que, donde yo estoy, estén ellos también».¹² El apóstol Pablo decía: «Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios».¹³

El primer esfuerzo ecuménico es procurar vivir la comunión con Dios en Cristo por el Espíritu Santo.¹⁴ Es verdad que las Iglesias y comunidades eclesiales muestran a veces caminos diferentes para realizar esta comunión. Sin embargo, cuanto más profunda es la pertenencia de cada uno a Cristo, más se nos da una mirada acertada sobre los otros: se les ve como hermanas y hermanos.¹⁵ Y hay que ir más lejos aún: reconocer en los demás a mi

¹² Juan 17,24.

¹³ Colosenses 3,3.

¹⁴ Maurice Zundel escribió: «Jesús está en el interior del hombre. Como se ha dicho magníficamente, puede estar en su hogar en el interior de los demás, porque no tiene hogar, porque toda posesión le es imposible, porque subsiste en un don infinito que abraza a toda la humanidad y a todo el universo...Es en la unión mística con Cristo donde el ecumenismo puede alcanzar su fin. Sin esta desposesión de nosotros mismo que fluye de la desposesión trinitaria, a través de la desposesión de la Encarnación, el ecumenismo no es más que palabrería» (1974, en: Marc Donzé, *L'humble présence. Inédits de Maurice Zundel*, tomo I, Tricorne, Ginebra 1985, p. 103).

¹⁵ En el siglo VI, Doroteo de Gaza describió esta realidad por medio de una imagen: si Dios está en el centro de un círculo, cuanto más se acercan los rayos al centro, más se acercan también los unos a los otros. (*Ceuvres Spirituelles [Sources Chrétiennes 92]* Cerf, París 1963, p. 285-287).

hermana y mi hermano es el signo de una auténtica pertenencia a Cristo.

Ello supone una purificación de nuestra manera de creer, una «conversión» siempre renovada en una “Ecclesia semper reformanda” una “Iglesia siempre por reformar”.

Uno de los documento del Grupo de Dombes¹⁶ ha aportado una base sólida para esta visión, pues hace un llamamiento a dar prioridad a la identidad bautismal con respecto a la identidad confesional. Este documento distingue, por orden de prioridad decreciente, la identidad cristiana (bautismal), eclesial y confesional. El confesionalismo ha «invertido el orden de las prioridades»: hoy en día «la identidad cristiana se reduce a la identidad eclesial y ésta a su vez a la identidad confesional». Así, la identidad confesional se pone en primer lugar. El documento llama a las Iglesias a entrar en un «dinamismo de conversión».¹⁷

La reconciliación, un intercambio de dones

Tenemos la impresión de que, a lo largo de los siglos, los cristianos terminaron por habituarse a estar divididos, como si esto fuese normal.¹⁸ Para preparar la reconci-

¹⁶ Grupo de teólogos católicos y protestantes francófonos que se reúnen anualmente y publican después un documento sobre cuestiones ecuménicas.

¹⁷ Grupo de Dombes, *Pour la conversion des Églises*, Centurion, París 1991, p. 11-12.

¹⁸ «Viviendo en las Iglesias divididas, los cristianos se han

liación, el hermano Roger nos enseñó a los hermanos a valorar lo mejor de las diferentes tradiciones. Es entonces cuando se puede dar un intercambio de dones: compartir con los otros lo que hemos recibido de Dios y ver también los dones que Dios ha depositado en los otros.¹⁹ Sin reunir de ese modo los dones del Espíritu Santo ¿cómo podrían los cristianos ser testigos de la unidad y de la paz en la familia humana?

Este intercambio de dones se ha iniciado ya; a través de las oraciones comunes y de encuentros personales, se ha profundizado en una estima mutua. Muchos han comprendido que ciertos aspectos del misterio de la fe adquieren más valor en otra tradición que en la propia. ¿Cómo ir más lejos en el compartir esos tesoros? Y ¿cuáles son esos tesoros?

Los cristianos de Oriente realzan el valor de la resurrección de Cristo que ya transfigura el mundo. ¿No es ésta la razón por la que muchos de ellos han sabido atravesar décadas de sufrimiento en los siglos pasados? Oriente ha conservado la enseñanza de los padres de la Iglesia con una gran fidelidad. El monacato que ha ofrecido a Occidente ha inspirado en toda la Iglesia un camino de contemplación. ¿Podrían los cristianos de Occidente abrirse más a estos tesoros?

Los cristianos de la Reforma han subrayado ciertas realidades del Evangelio: Dios ofrece su amor de forma

acostumbrado a la división. La desunión se acepta fácilmente como normal. Pero creemos que la aceptación fácil de la división entre los cristianos es una amenaza tan grande a la integridad de nuestras Iglesias como la división misma» (En *One Body through the Cross: The Princeton Proposal for Christian Unity*, editado por Carl E. Braaten-Robert W. Jenson, Eerdmans 2003, n. 10).

¹⁹ Un intercambio de dones: esta expresión fue utilizada muchas veces por el papa Juan Pablo II.

gratuita; a través de su Palabra, sale al encuentro de quien la escucha y la pone en práctica; la simple confianza de la fe lleva a la libertad de los hijos de Dios, a la inmediatez de una vida con Dios en el presente; cantar juntos interioriza la palabra de Dios. Estos valores a los que están apegados los cristianos de la Reforma, ¿no son esenciales para todos?

A través de la historia, la Iglesia católica ha conservado de forma visible la universalidad de la comunión en Cristo. Ha buscado sin cesar un equilibrio entre la Iglesia local y la Iglesia universal. Una no puede existir sin la otra. Un ministerio de comunión a todos los niveles ha ayudado a mantener la unanimidad en la fe. ¿No podrían todos los bautizados ir más lejos en una comprensión progresiva de este ministerio?

El camino del hermano Roger

¿No fue quizás el hecho de que el hermano Roger fuese consecuente hasta el final con esta visión de la Iglesia que reúne a todos los bautizados, la razón por la que distintos responsables de Iglesias le reconocieran como un hermano que comparte la comunión en Cristo?

En agosto de 2010, cinco años después de su muerte, el papa Benedicto XVI escribía: «Que su testimonio de un ecumenismo de la santidad nos inspire en nuestro camino hacia la unidad». El patriarca Bartolomé de Constantinopla añadía: «Esta búsqueda de la unidad, en la alegría, la humildad, el amor y la verdad, tanto en la relación con el otro, ‘sacramento del hermano’, como

en la relación con Dios, ‘sacramento del altar’, resume la esencia del camino de Taizé». «Conjugar la fidelidad a la enseñanza de los santos padres con una actualización creativa en el ministerio misionero entre los jóvenes de hoy caracteriza el camino del hermano Roger y el de la comunidad por él fundada», comentaba el patriarca Kiril de Moscú. Y el secretario general del Consejo Mundial de Iglesias, Olav Fykse Tveit, recordaba que lo realizado por el hermano Roger «ha inspirado a las Iglesias del mundo entero».²⁰

El hermano Roger vivía en Cristo: ¿es esto lo que le permitió discernir la presencia de Cristo en los demás? No se detuvo ante las discrepancias entre diferentes tendencias. Por ejemplo, en el concilio Vaticano, en el que estuvo presente como observador, muchos se admiraban de que hubiese podido establecer lazos fraternales tanto con el cardenal Ottaviani como con Dom Helder Câmara²¹. Descubría a Cristo en los bautizados de todas las confesiones. Veía incluso como «portadores de Cristo» a mujeres y hombres que, sin profesar una fe explícita, eran testigos de caridad y de paz: algunos de ellos, escribía, «nos llevan la delantera en el Reino».²²

A lo largo de su camino, nunca temió que sus opciones le condujeran a perder su identidad. Veía la identidad de un cristiano ante todo en la comunión con Cristo, desplegándose en la comunión entre todos los que están en Cristo. Vivió un proceso que no tiene precedentes desde la Reforma y llegó a decir: «He encon-

²⁰ El texto completo de estos mensajes se encuentra en la web de Taizé: www.taize.fr.

²¹ Dos hombres conocidos por haber tenido, durante el Concilio Vaticano II, posiciones muy distintas, en ocasiones contrapuestas.

²² Cita de Mateo 21,31 en *Dinámica de lo provisional*, agotado.

trado mi propia identidad de cristiano reconciliando en mí mismo la fe de mis orígenes con el misterio de la fe católica, sin ruptura de comunión con nadie.»²³ Y, por sentirse tan cerca de ella, a veces añadía: «...y con la fe ortodoxa».

Entrar en una comunión con los demás sin romper con sus orígenes: al ser éste un itinerario totalmente nuevo, era fácil que se malinterpretara y que no se viera su alcance.

Creando una parábola de comunión

Siendo muy joven, el hermano Roger tuvo la intuición de que una vida en comunidad vivida por hombres que buscaran siempre reconciliarse podría convertirse en un signo. Ésta es la vocación original de Taizé: constituir lo que él llamó «una parábola de comunión».

Sin embargo, la vida monástica había desaparecido de las Iglesias de la Reforma. Así pues, sin renegar de sus orígenes, creó una comunidad que hundiera sus raíces en la Iglesia indivisa, más allá del protestantismo, y que, por su misma existencia, se vinculara de manera indisoluble a la tradición católica y ortodoxa.

Estaba convencido de que una comunidad así sería capaz dar visibilidad a la unidad del cuerpo de Cristo, que no está ante nosotros solamente como una meta, sino que existe desde ya en Dios. La Iglesia está dividida

²³ *Dios solo puede amar*, PPC Editorial y Distribuidora, SA, Madrid

pero en el fondo, es indivisa. En el corazón de Dios, es una. Por tanto, nuestra tarea es crear espacios donde esa unidad pueda emerger y ponerse de manifiesto.

En un libro sobre nuestra comunidad, el teólogo ortodoxo Olivier Clément escribió unas líneas que nos han ayudado a nosotros mismos a comprender mejor nuestra vida: «Hay una sola Iglesia, secreto subterráneo de todas. Por ello, la unidad no es algo que haya que construir, sino descubrir: es el resurgir de la Iglesia indivisa que, a pesar de tantas crispaciones identitarias, es sin duda el fenómeno decisivo de nuestro tiempo». Clément aplica después este pensamiento a nuestra comunidad: «La parábola de Taizé consiste en recordar que la Iglesia desgarrada sigue siendo una sola Iglesia. Los hombres crucifican el cuerpo de Cristo intentando desgarrarlo, pero no pueden desgarrarlo: en el fondo, la Iglesia es una».²⁴

El hermano Roger vivía de tal modo en la Iglesia indivisa que, aun habiendo nacido en la Iglesia de la Reforma, quiso que la comunidad que había creado anticipara la comunión con la Iglesia católica y con las Iglesias ortodoxas.

Nuestra comunidad buscó desde sus inicios expresar una comunión con la Iglesia ortodoxa. En 1965, el patriarca Atenágoras de Constantinopla envió a algunos monjes a Taizé para que compartieran durante varios años la vida monástica con nosotros. Desde entonces y hasta hoy día, se han profundizado lazos de amistad y de confianza con las Iglesias ortodoxas.

²⁴ *Taizé, un sentido a la vida*, agotado.

Cuando, a finales de los años sesenta, los primeros hermanos católicos entraron en nuestra comunidad, la cuestión de anticipar la comunión con la Iglesia católica se hizo más urgente dentro de la comunidad misma: ¿cómo superar el obstáculo de la separación entre estas dos tradiciones?

En su vida personal, entrar progresivamente en una comunión plena con la Iglesia católica para el hermano Roger se concretizó en dos puntos: recibir la eucaristía y reconocer la necesidad de un ministerio de unidad ejercido por el obispo de Roma. Él no veía en ello la expresión de un «ecumenismo del retorno», porque, según él, a partir de Juan XXIII y del concilio Vaticano II, la Iglesia católica había acogido las grandes demandas de la Reforma: la prioridad de la gracia de Dios, la libertad de conciencia, la fe centrada en Cristo, el lugar otorgado a la Biblia. Y le hubiese gustado saber que el sínodo de los obispos celebrado en Roma en 2008 y dedicado a la palabra de Dios, recordó que existen dos realidades que unen ya a todos los cristianos: el bautismo y la palabra de Dios.

El camino del hermano Roger es delicado, exigente, y no hemos terminado aún de explorarlo: siguiéndolo quisiéramos anticipar la reconciliación a través de nuestras vidas, vivir ya reconciliados, y esperamos que esta experiencia pueda contribuir a preparar una evolución teológica. Pues, a lo largo de la historia de la Iglesia, ¿no ha precedido siempre la fe vivida a la expresión teológica? En el futuro, continuaremos apoyándonos sobre dos pasos que nuestra comunidad dio a principios de los años 1970:

– Primer paso: desde 1973, con el acuerdo y el ánimo del obispo de Autun, diócesis donde se encuentra Taizé, todos recibimos la comunión de la Iglesia católica. Era la única posibilidad que se nos daba de comulgar juntos. La búsqueda de la teología ecuménica, en especial la de nuestro hermano Max sobre el sentido del memorial, nos ha permitido adquirir una misma comprensión sobre la eucaristía.

El 24 de mayo de 1969, el hermano Roger escribió en su diario: “ En este tiempo, voy frecuentemente a la pequeña iglesia románica, cerca de la reserva eucarística. Este lugar está habitado. La fe de la Iglesia católica lo testimonia desde los primeros siglos.”²⁵

– Segundo paso: varios años antes, durante el consejo anual de 1969, los hermanos habían constatado que la simple presencia de hermanos católicos en la comunidad les conducía «a vivir cada vez más una anticipación de la unidad, manteniéndonos en comunión con aquel que tiene el ministerio de siervo de los siervos de Dios».²⁶ El hermano Roger hablaba a menudo en aquella época sobre papel del pastor universal con miras a la unidad de los cristianos y citaba a veces el llamamiento del joven Lutero invitando a aquellos que se habían separado de la Iglesia romana a «acudir, no a huir, para llorar, exhortar, persuadir y poner todo en movimiento.»²⁷ Nuestra comunidad había adquirido la certeza de que la

²⁵ *Que tu fiesta no tenga fin*, agotado.

²⁶ Consejo de la comunidad, La unanimidad de nuestra fe, septiembre de 1969.

²⁷ Martin-Luthers Werke. Kritische Gesamtausgabe; Weimar 1883ss.; WA II, p. 605, citado por el hermano Roger en *Dinámica de lo provisional*, agotado.

reconciliación de los no católicos con la Iglesia de Roma no se realizaría poniendo condiciones indefinidamente, sino ayudándola desde el interior a evolucionar. El siglo XX ha mostrado cómo el ministerio petrino es capaz de modificarse. El mismo Juan Pablo II apeló a los no católicos a ayudarlo en esta evolución.²⁸

Los hermanos de nuestra comunidad que provienen de la familia protestante asumen estos dos pasos sin renegar en nada de su origen, sino más bien como un enriquecimiento de su fe. Los hermanos que proceden de la familia católica hallan un enriquecimiento al abrirse, en la línea del Vaticano II, a los cuestionamientos y a los dones de las Iglesias de la Reforma. Esto se ha convertido en algo muy natural para nosotros.

Estos pasos implican a veces limitaciones y renunciaciones —¿puede haber reconciliación sin renunciaciones?—, pero la ampliación de una vida de comunión es incomparablemente más importante.

²⁸ Juan Pablo II escribió estas palabras impresionantes por su humildad: “Por el deseo de obedecer verdaderamente a la voluntad de Cristo, me considero llamado, como Obispo de Roma, a ejercer ese ministerio. Que el Espíritu Santo nos dé su luz e ilumine a todos los Pastores y teólogos de nuestras Iglesias para que busquemos, por supuesto juntos, las formas con las que este ministerio pueda realizar un servicio de fe y de amor reconocido por unos y otros. Tarea ingente que no podemos rechazar y que no puedo llevar a término solo. La comunión real, aunque imperfecta, que existe entre todos nosotros, ¿no podría llevar a los responsables eclesiales y a sus teólogos a establecer conmigo y sobre esta cuestión un diálogo fraterno, paciente, en el que podríamos escucharnos más allá de estériles polémicas, teniendo presente sólo la voluntad de Cristo para su Iglesia?” (Juan Pablo II, Encíclica *Ut unum sint*, 1995, párrafos 95 y 96).

Un período transitorio hacia la reconciliación

Semana tras semana acogemos en Taizé a jóvenes de todos los países de Europa y también de otros continentes, con toda su diversidad. Tres veces al día, la oración nos reúne en torno a Cristo y, gracias a ella, el Espíritu Santo ya nos une. La enseñanza bíblica que se ofrece diariamente a los jóvenes permite ir a la fuente común. Y reflexionamos con ellos sobre la manera de continuar esta búsqueda en su vida cotidiana.²⁹

Intentamos ayudar a los jóvenes a intuir «la única Iglesia de Cristo»³⁰ en su visibilidad, respetando las tradiciones de las diferentes Iglesias, lo que implica forzosamente una tensión.³¹ Constatamos que muchos jóvenes, después de haber estado en Taizé, se comprometen de forma más activa en su Iglesia de origen, habiendo adquirido un sentido más agudo de la Iglesia universal.³²

²⁹ Estos jóvenes crecen en una sociedad fragmentada, que no ofrece referencias sólidas. Una vez que regresan a sus casas, se ven confrontados con opciones de vida a menudo difíciles. También en el ámbito ético, las divisiones entre cristianos no ayudan a los jóvenes a encontrar cómo concretizar el evangelio en su existencia personal. En este sentido, más que definir posiciones que se ven contrastadas demasiado pronto y que se alejan unas de otras, ¿no podrían los cristianos tomarse más tiempo para dialogar y favorecer un camino en común?

³⁰ Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* 8.

³¹ En relación a la eucaristía, procuramos que los jóvenes tengan la posibilidad de comulgar en su propia tradición. La misa católica se celebra todos los días. La liturgia ortodoxa tiene lugar cuando hay participantes ortodoxos que han venido con sacerdotes. Cuando hay grupos anglicanos, luteranos o presbiterianos, son invitados a celebrar una eucaristía según su propia tradición.

³² Durante su visita a Taizé en 1986, el papa Juan Pablo II hizo alusión a ello cuando nos dijo: «Queriendo ser vosotros mismos una ‘parábola

No pretendemos haber encontrado la solución. Nuestra manera de actuar es imperfecta. Sabemos que nuestra situación es provisional, a la espera de la unidad plenamente realizada. La visibilidad de la unidad que procuramos vivir no resuelve todas las preguntas, pero intentamos entrar en una dinámica de reconciliación. Quisiéramos que esa dinámica arrastrase a los cristianos separados a aprender a pertenecer los unos a los otros, a purificar sus respectivas tradiciones, a distinguir entre la Tradición y las tradiciones que no son más que costumbres, y a avanzar en un ecumenismo que no se conforma con mantener a los cristianos en sus vías paralelas. Podría abrirse así un *período transitorio hacia la reconciliación*.

Eucaristía y servicio

La comunión ofrecida por Cristo hace a sus discípulos hombres abiertos a la universalidad. Estimula a ir hacia los demás, a estar atentos a los más débiles, a aquellos que son más pobres que nosotros y también a los que buscan a Dios y que pertenecen a otra religión o a aquellos que no tienen referencia alguna de Dios. En muchos lugares, los cristianos de diversas confesiones viven esta apertura juntos.

Es un hecho feliz que la liturgia del jueves santo nos invite a conmemorar al mismo tiempo la institución de la eucaristía y el lavatorio de los pies. Estos dos gestos están unidos por un estrecho vínculo. A través de

de comunidad, ayudaréis a todos los que encontréis a ser fieles a su pertenencia eclesial, que es el fruto de su educación y de su elección en conciencia, y también a entrar cada vez más profundamente en el misterio de comunión que es la Iglesia en el designio de Dios».

ellos, tal vez mejor que con palabras, Jesús muestra lo que está en el centro del Evangelio: «...habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo».³³ La celebración de la eucaristía invita al lavatorio de los pies: ir como Jesús hasta el extremo del servicio a los otros, amar como él amó.

El hermano Roger repetía a menudo: « Cristo está unido a cada ser humano sin excepción.» Tenía en su corazón a todos los hombres de todas las naciones, en particular a los más pobres, a los jóvenes, a los niños. Esta visión de una comunión universal es lo que nos condujo a crear fraternidades de algunos hermanos que comparten la vida de los más necesitados en África, Asia o América Latina, y que también procuran establecer lazos entre culturas y pueblos.

Estos hermanos están desprovistos de medios para modificar las innumerables situaciones de desamparo. Pero para algunos de ellos, permanecer cada día frente a la eucaristía es como una fuente de vida que les permite, por su simple presencia, «lavar los pies» de la gente de su barrio. Y poco a poco nacen pequeñas iniciativas de solidaridad. No son más que signos, pero pueden abrir un camino a Cristo que transfigura la humanidad, y a despejar, en el corazón del mundo, un horizonte de esperanza.

Para el hermano Roger, y para nosotros los hermanos, la Iglesia es verdaderamente Iglesia cuando ama como Jesús ha amado, asumiendo todas las consecuencias. El hermano Roger escribió un día estas palabras, que quisiéramos meditar una y otra vez:

³³Juan 13,1.

“Cuando la Iglesia escucha, cura, reconcilia incansablemente, se convierte en lo que es en el fondo más luminoso de sí misma, una comunión de amor, de compasión, de consolación, límpido reflejo de Cristo resucitado. Jamás distante, jamás a la defensiva, liberada de la severidad, puede irradiar la humilde confianza de la fe hasta en el interior de nuestros corazones humanos.”³⁴

Cristo ha venido «para reunir a todos los hijos de Dios que estaban dispersos»,³⁵ y por ello parece esencial ser uno en él. Cristo es el Buen Pastor de todos. Él es también la Puerta hacia el Padre y hacia los demás. ¿Entraremos por esa puerta en la morada del Padre para reencontrarnos todos? Una nueva dinámica impulsaría a nuestras Iglesias, llenas de la alegría de Cristo y de la confianza de que el Espíritu Santo nos mostrará el futuro paso a paso.

*Oh Dios, te alabamos por la multitud de mujeres, hombres, jóvenes y niños, que a lo largo de la tierra buscan ser testimonios de paz y reconciliación. Siguiendo a los santos testigos de Cristo de todos los tiempos, desde los apóstoles y la Virgen María, hasta los creyentes de hoy, concédenos abandonarnos en ti, en confianza y amor. (Oración del hermano Roger)*³⁶

³⁴ En todo la paz del corazón, xxx

³⁵ Juan 11,52.

³⁶ *Pressens-tu un bonheur?* Les Presses de Taizé, 2005, p. 135

